

PSICOANALISIS DE LAS COSTUMBRES POLITICAS COLOMBIANAS

JOSE GUTIERREZ

Para un psicoanalista que llegara de visita al país por estas calendas de marzo, compaginar la explosión de festiva democracia de las movilizaciones electorales con la tragedia política que sobrecoge a Colombia, le sería ciertamente bien difícil. Y le sucedería lo mismo si arribara apenas dos semanas después de la fiesta de marzo... pero a la inversa.

Quizás ese supuesto visitante se viera incitado a dividirse de modo de verdad esquizofrénico: porque no es fácil admirar, por una parte, el sentido democrático del colombiano, y, por la otra, simultáneamente horrorizarse ante la violencia que vive el país. Se entenderá por tanto que como profesional de esta disciplina, no un psicoanalista foráneo sino quien debe convivir con ambos aspectos de la vida colombiana, antes que escapar hacia otros campos intelectuales como la economía política o la historia —que quizá sirvan para explicar más fácilmente uno u otro cariz de la vida colombiana—, intente en este importante seminario utilizar para ello tan sólo su disciplina intelectual.

Debo decir, no obstante, que conciliar la cifra de cerca de 20.000 muertes violentas por año —que nos eleva al primer lugar mundial—, así como la persistencia de casi medio siglo de guerrilla, con el admirable ambiente festivo —sobre todo

de las ciudades— de la primera mitad de este mes, deja perplejo a más de uno. De todos modos, resolver la incógnita del paradójico comportamiento colombiano así sea apelando a la disciplina ideada por Freud para estudiar los comportamientos irracionales o paradójicos, no es nada fácil. Y si bien a la luz de algún simplismo podríamos considerar tales conductas como patológicas, lo cierto es también que cien años de práctica de la terapéutica freudiana han llevado a proponer otras denominaciones más operativas para lo “anormal”, que evitan caer en lo discriminatorio de las clasificaciones médicas y de todo endiosamiento de la “normalidad”. Tal como hoy se la concibe y es bien sabido, la neurosis forma parte integrante de la difícil convivencia en sociedad; es por tanto propia de la humanidad, y en las más variadas épocas y sistemas se ha expresado diversamente, y, lejos de ser insólita en el hombre, por el contrario es cabalmente humana.

Creo, pues, estar en mi ley invitando a los asistentes a este seminario a hacer abstracción de toda categoría económica o histórica y, pensando sin necesidad de situarnos como visitantes, ni de apelar al asombro artificioso, sino en términos por entero colombianos, hacer uso de la observación llana y simple ante un comportamiento general tan contradictorio, tal como se hace en psicoanálisis.

LA SUERTE DEL CAUDILLO

Fuera de toda presunción, psicoanalítica o de cualquier otra, para ir al grano veamos ante todo cómo son estos bullangueros políticos de marzo que tan festivamente ocuparon nuestra atención los últimos días. Los encontraremos cultos o ignaros, apáticos o dinámicos, dicharacheros o dados a la acción, relativamente altruistas o desembozadamente truculentos, de un lado, ofreciéndose —eso sí vistosamente todos—, a desempeñar las posiciones públicas. En el otro lado, están los votantes, también a veces entusiastas y otras más bien reservados. Llegaron finalmente a escoger a los primeros, sin prescindir de casi ninguno de los anteriormente electos para los cargos

de representación, pero en general dando la apariencia de no decidirse a encumbrar tampoco a nadie de modo definitivo. Por ahora, por lo menos, carece el pueblo colombiano de un líder capaz de encauzarlo. Y quizás siempre entre nosotros ha sido precario, o de cortísima duración, el caudillismo en grande.

Los colombianos constituimos un pueblo displicente y fervoroso a la vez con nuestros héroes y tan presto para el elogio como cauteloso para la compenetración con el alma ajena. El fácilmente extrovertido colombiano, si algún "detalle" emocional no ocasiona su entrega apasionada e incondicional, es reservado y esquivo. ¿Mas es sólo nuestra esta característica de esquizofrenia combinada con ausencia de intimidad? Ortega y Gasset la advertía también en el pueblo argentino (*El hombre a la defensiva*) y posiblemente sería extensiva a toda Latinoamérica. Sólo que en Colombia tiene su manifestación patente en la actitud ante los dirigentes políticos, pues mientras en México líderes como Santa Ana o Porfirio Díaz perduraron en el mando varias décadas, Santander, el presidente que más largo nos gobernó, sólo detentó el poder durante una.

Podría definirse al político colombiano como al que lanza su vida al ruedo del comentario público. Si tiene éxito en la suerte, obtendrá admiración absoluta —aunque en extremo fugaz—; pero para alcanzarla deberá superar aquella indiferencia en que discurre la vida del antípoda del político y que equivale por ello al fracasado en la suerte: el "lagarto".

Dicha indiferencia es tanto más insoportable en cuanto en Colombia la plática en torno a temas políticos ocupa principalísimo lugar, que sobrepasa a todo cuanto acontece en los demás países latinoamericanos. Es una especie de sucedáneo del esparcimiento cultural.

Por ello, puede considerarse al "lagarto" como el personaje antipático por antonomasia para el colombiano. Pero no es insólito que muchos políticos, antes de ser tales, fueran "lagartos", ni que otros combinen las dos características, al paso que unos pocos —los más dotados e interesantes—, carezcan en

absoluto de ambas cualidades, pero sean considerados, sucesivamente, como lo uno o como lo otro, a resultas de una vulgar explicación de su superioridad humana. Puede por tanto sospecharse fundadamente que el término fue inventado por los propios políticos para designar su representación negativa. Y en realidad, nunca se oye tan sonoro el calificativo, como cuando es usado por el dirigente para maldecir por lo bajo a uno de sus tenientes que hace gala de excesiva impertinencia.

Quizá los políticos colombianos buscan tan vehementemente la admiración absoluta, impulsados por cierta carencia que los lleva al éxtasis del triunfo al obtener la afabilidad general. Ello explicaría la fácil alternancia entre cortesía y violencia en la vida colombiana desde los comienzos de la nacionalidad. Los libros de viajeros (como el de A. Le Moyne y el de P. D'Espagnat) señalan este rasgo anotando la curiosa aptitud del colombiano para guardar prolijas fórmulas de cortesía. Este país áspero y de climas extremos, ha extremado también el cuidado de los "detalles" que enmarcan el trato humano, hasta tal punto que dedica a ello gran parte de su tiempo. Cuenta el último de estos autores que, para su gran extrañeza, en el único "hotel" de la Bogotá del siglo pasado, si otro comensal era servido antes que el forastero, éste se incorporaba para ofrecerle su plato al desconocido. Y durante mucho tiempo fueron habituales entre los cachacos toda clase de "participaciones", que a más de un extranjero le parecieron extravagantes, como aquellas "dando parte" de un nuevo niño o una nueva casa. (¿Cuál parte?, ¿Acaso una pierna o una mano?. o si se trataba de casas, ¿el jardín o la cocina?, se bromeaba a costa del ingenuo cachaco). Y en la novela del escritor de policíacas George Simenon, *L'affaire Nahour*, el colombiano Andrade es presentado como alguien al borde de arranques furiosos de dignidad, lo cual no le impide ser extremadamente gentil y educado. Igualmente, para don Miguel Cané, el viajero argentino que tan cuidadosamente describiera la Bogotá de mediados del siglo pasado, la cortesía y el fino pulimento de los cachacos sólo se equiparaban a su propensión a alimentar enemistades de por vida.

Por otra parte, y como respondiendo a esta debilidad humana de sus conductores, aburrido de guerrear entre liberales y godos el siglo pasado —y de “La Violencia” en éste—, el colombiano hace de la política una actividad simpática o, últimamente, “chévere”.

SUSPICACIA Y ENTREGA A LOS POLITICOS

Y así como el “lagarto” es el negativo del político consagrado, la alimaña que naufraga entre las antipatías —o que por lo menos nunca alcanza la costa de la simpatía—, el político navega las engañosas aguas de la simpatía, pero siempre expuesto a las repentinas tormentas del odio y la desilusión generales. Y la electricidad que carga la atmósfera y le comunica una terrible energía destructiva, es la suspicacia.

La suspicacia colombiana se manifiesta como un recelo arraigado en la base misma de la simpatía. Para resolver la aparente contradicción basta con reparar en el papel que desempeña en la psicología colombiana el “detalle”.

El análisis de la simpatía y la suspicacia debe arrancar de la superación del prejuicio de que los “detalles” que hacen vibrar las almas constituyen nimiedades. ¡Cuántas veces ha cambiado el curso de la historia por un simple detalle! La nuestra aporta un patente ejemplo en el “florero de Llorente”, que desencadenó la Revolución de la Independencia.

Cuando los colombianos somos “detallistas”, hacemos gala de un culto por las emociones que tiene gran sentido. Claro que cuando más neciamente lo somos es en la relación cortésana. Pero, en política, nuestro detallismo contiene a veces profunda sabiduría pues la simpatía puede trocarse en indiferencia, desprecio u odio por el precio de un detalle. Y, generalmente, los políticos que sufren esta suerte, se lamentan luego de su inadvertencia.

Como sería imposible que un impostor cuidara cada uno de sus actos en el transcurso de toda una vida pública para

salvarse así de la suspicacia que está presta a captar hasta el más mínimo detalle, más le vale al ambicioso utilizar su artificial dominio de los corazones en la actividad cortesana, pues allí puede representar su comedia sin estar bajo constante vigilancia. Esto es lo que ocurre con los políticos colombianos. Muertos como políticos por haber dado mínima justificación a la suspicacia, pasean su cadáver por los salones el resto de su vida.

Quizá por ello, y en ausencia de suficientes expresiones de cultura, la política colombiana ha tenido un papel relativamente civilizador. Pero infortunadamente el precio de la excesiva atención hacia todo lo que tiene que ver con el poder, ha sido la violencia, pues salvo unos cortos periodos de nuestra vida republicana, la afiliación a banderías políticas ha costado absurdamente la vida a muchos colombianos.

LOS AGENTES SOCIALES

La forma como las ideas políticas han conseguido una cierta evolución social, proporcionó frutos no solamente positivos, y ya es mucho que alguna transformación ocurriera de modo casi permanente por el camino de la lucha de las ideas. El más notable es el llamado "manzanillismo". O sea, la confusión ideológica propicia a la imposición de políticos oportunistas y venales, representativos de la pobreza intelectual y de la inercia. Sin duda, a una reacción contra este vicio se debe lo principal del escepticismo y del recelo de los colombianos.

"Manzanillo" es aquel que dedica su vida a obtener el meneguado triunfo del prestigio político con base en falsas promesas, y que —sin saberlo— gasta toda su energía en la producción de "lagartos", reptiles ávidos de notoriedad que estimulan su falsa sensación de poder. Desgraciadamente para él, tales "lagartos" acaban cobrándole sus promesas, y haciéndole imposible gozar cualquier poder, atormentándolo a cada paso como en una pesadilla.

El “manzanillo” no es el político, pero a veces consigue reemplazarlo. Es más bien su auxiliar y su eterno secretario. Como tal, tiene todos sus vicios y carece de imaginación. Sin embargo, el “manzanillo” ha cumplido una notable función social: ha estimulado el interés por la política y ha conseguido un cambio de la actitud general hacia el poder, disminuyendo su lejanía y facilitando la vinculación de cada uno de los colombianos con la nacionalidad.

Si no hubiera existido el “manzanillo”, los políticos colombianos se parecerían más a los reyes y su dominio hubiera sido absoluto. Pero, a cambio de este acercamiento al poder, los colombianos hemos pagado el alto precio de la generalización del “manzanillo”. Cada uno usa de él para alimentar su propia ambición de poder o para compensar su sensación de desvalimiento e inseguridad ante la vida. En suma, todos los colombianos somos “manzanillos” y nos rodeamos de “lagartos” cuando queremos influir sobre la vida colectiva.

¿Y cómo se entienden el “manzanillo” y el “lagarto”? Este último necesita de un pequeño rey para sentirse vinculado al poder social. Escoge su “manzanillo” y le levanta un trono en su vida para que impere. Este trono está a la vez alejado de su propio alcance, tanto como para que tenga un atractivo especial, y está lo suficientemente cerca como para alimentar su fantasía. Entonces lo acerca y se aleja, restregándose contra él y contagiándose de su fuerza; pero elevándolo sobre sus hombros para exponerlo a la mirada y a la admiración de los demás, y tiene que soportar su lejanía en la medida en que consigue compartirlo, imponiéndolo a la comunidad.

Se explica entonces el calificativo: el “lagarto” —reptil pegajoso, despreciable y repulsivo— nos es indispensable para satisfacer una profunda necesidad afectiva, vale decir, de la socialización de nuestra vida. Por otra parte, el “manzanillo” —ante el cual somos inevitablemente “lagartos”— es, como el árbol tropical de su mismo nombre, el *Rhus Juglandi Folia*, irritante al solo contacto de sus hojas. Basta con tocarlo o con acercarse demasiado a él para experimentar una quemadura

en la piel. Especialmente, si en ese momento el pequeño rey ha perdido el control de sí mismo, asediado por la pesadilla de "lagartos", y despidе ácido por cada uno de sus poros.

En esta especie de juego se ha ido conformando una disposición democrática que tiene un profundo valor educativo, sin la cual no hubiera sido fácil superar el absolutismo de un poder central alejado por su incapacidad de cada una de las células sociales de Colombia. Pero también se ha creado un modo de socialización basado en el poder, que nos aleja del aprecio de las ideas, de los valores provenientes del mérito y la fortaleza internas, y de la solidaridad social.

Si el país se ha servido de los "manzanillos" para acortar la distancia entre los modos de vida y las diferencias sociales, ha pagado también un alto precio falsificando la raigambre popular de la cultura y creando una casta de "doctores" que de las universidades al cargo público, sólo creen en la influencia privilegiada y en los sistemas de contornear la ley para obtener gajes y prebendas.

De allí que sólo una minoría de nuestros intelectuales posea la devoción y el sentido del bien común que son de urgencia imprescindible para una economía mixta, en la que el peso del sector público en la vida colombiana debería corresponder al 60% o más de inversión de la nación. Pero así como lo muestra Catherine Le Grand, cuando a comienzos del presente siglo la mayor parte de las tierras laborables estaba en poder del Estado, que las fue cediendo sin beneficio alguno a los ricos, en una especie de reforma agraria a la inversa que como un telón de fondo decora la escena de nuestros conflictos sociales las cuatro primeras décadas de este siglo, nosotros carecemos casi por completo de verdaderos "servidores públicos". Al contrario: así como muchos de nuestros políticos enriquecieron con el reparto a sus parientes y amigos durante ese período, el servicio público se concibe aún como un botín. Lo común es no sólo que la gestión oficial sea ante todo destinada a hinchar el ego de quien alcanza preeminencia, sino ante todo que lo sea dándole al arribo al ansiado "puesto público" un carácter episódico, en

el curso de una carrera de lucro y atesoramiento de prestigio como la que debe hacer de cualquier doctor alguien conocido y admirado, ejemplo sin par para las generaciones venideras.

Y si los pobres "intelectuales" entregados al manzanillismo deben aprender a comer los manjares populares, a tomar las bebidas campesinas, a dormir en las camas primitivas y a vivir la vida real de los colombianos, como alguno que cínicamente decía que su curul en la Cámara le había costado un carro y 80 kilómetros de longaniza, muchísimas veces lo hacen con la mayor devoción para poder ostentar más tarde el título de ex: exalcalde, exdiputado, exsenador, ¡ojalá. Se ha ido creando así una relativa colombianización del "manzanillo". Cortesano e intelectual en la ciudad, el cazador de votos aprende los gustos y el lenguaje campesinos y ha ido conociendo el drama de la vida de los habitantes del país, de los campos y barrios, que por su parte cada vez se considera más dependiente de sus "lagartos", que se le han vuelto imprescindibles para cualquier relación con el poder.

Como verdadera maldición bíblica, tales gestores cobran cara la ineficiencia de un Estado que ya no parece tener más función que alimentar la infinita multitud de chupasangres que lo representan ante sus electores. Pero para calamidad de éste y de éstos, los últimos van desapareciendo para convertirse en ciudadanos de carne y hueso que, si no llegan a caer en la desesperación ante la crisis general, abren progresivamente los ojos. No obstante, salir del actual sistema de "gamonales" y "manzanillos", alimentados por los llamados "auxilios parlamentarios" y dispuestos a enriquecerse a costa del erario y de la corrupción no parece fácil, y después de las recientes elecciones resulta una esperanza muy lejana.

LA SUPERACION DEL FEUDALISMO

Puede alegarse que, lejos de ser típicamente colombiano, lo anterior corresponde al proceso de América Latina en la transformación general de una economía basada en la hacienda

al monopolio exclusivo del capital. El tránsito del feudalismo a un semicapitalismo ostenta rasgos en verdad similares allí donde progresivamente el Estado adquiere un papel cada vez más directivo en la economía. Y ha sido posible en todos, gracias a guarangos (argentinos), pachucos y pochos (mexicanos) y en fin, a todos los personajes del contrabandismo y el ascenso sociales, que fueron debilitando las viejas estructuras. Pero ningún país, salvo Colombia, lo ha hecho a través de tan particulares intelectuales de la política como los "manzanillos".

La diferencia estriba en que nuestros "personajes" son idealistas y ascéticos (hasta donde queda descrito), mientras que los otros son simples representantes típicos de la mentalidad mercantil, cuya misión consiste en abrir paso a las formas y métodos capitalistas de la economía. Entre nosotros tienen su paralelo en el "lobo" y el "paisa", cuya influencia sobre la vida nacional ha sido en todo caso secundaria a la del "manzanillo".

Pero quizás de todos nuestros vecinos nos diferencia la forma como apreciamos y "respetamos" a los más ínfimos agentes del poder central, si bien con base en violar consistentemente las reglas y aplicar la excepción conseguimos, como lo pone de presente Fals Borda en su descripción de la influencia social del contrabando en Mompox, un aumento gradual de las oportunidades para los nuevos ciudadanos.

Por eso la evolución lingüística colombiana es, de todas las latinoamericanas, la que presenta más acusado el rasgo de la confusión de los pronombres. Tú, usted y vos. Tales modos juegan con la sintaxis como el "manzanillo" con sus "lagartos", acercándolos en tiempo preelectoral y en sus correrías campesinas y alejándolos en el ejercicio del poder y en la vida cortesana de la ciudad. Tú, usted o vos nos hacen sentir íntimos o extraños según lo requiera la circunstancia.

EL SABER PRIVILEGIADO

Ahora bien: nada en el panorama político nacional nos autoriza a pensar que esta evolución sea fluida e incruenta.

La increíble violencia que vivimos no solamente puede agravarse, sino que en sí misma es una muestra de la encrucijada a que ha llegado nuestra cultura.

Y no quiero seguir adelante sin entrar detalladamente en el privilegio educacional de los "doctores", como genéricamente son conocidos entre nuestras clases subordinadas los intelectuales que se reparten el poder. Cada día que pasa, se agrava y consolida un monopolio educativo, si quizás ya no tanto en el acceso a los diplomas, si ciertamente respecto a los verdaderos conocimientos. Ya es un mar la laguna que pone a la técnica en Colombia fuera del alcance del común de los mortales.

Aun cuando las universidades colombianas tiene pocos cursos de posgrado, tenemos abundancia de "doctores", pues por este título entendemos en cada rama de los estudios superiores el simple grado; que por cierto no puede pretender convalidarse con los doctorados de otras partes del mundo, ya que ni es obtenido sustentando y definiendo una tesis original, ni viene respaldado por un currículo suficiente. Doctor es el abogado, el ingeniero, el economista, o el electricista y el mecánico cuando ostentan cierto poder. Y bien conocida es la broma del que le pregunta a un gamín que lo llama así: ¿Cómo me reconoció y supo que yo era doctor? "Fácil —responde el impertinente niño de la calle—: Aquí se le dice así a cualquier H.P."

Mucho abundan en las ciudades que han sido centros de poder en nuestra historia, como Bogotá, Tunja, Popayán y otras. Y ellos, desde los comienzos de Colombia, dominan a sus anchas, pues nuestras universidades ciertamente educan pero también, graduando a diestra y siniestra, son fuente de un extraño poder, el poder de los doctores, restringido a ese 1% de nuestra población que tiene acceso a ellas, y que por cierto imprime un sello a la idiosincrasia nacional. A menudo se busca en la universidad el título antes que el conocimiento, el cual sufre así de la apariencia proporcionada por el primero, que para muchos basta y sobra.

Quienes más se perjudican con la farsa sabihonda son precisamente los subordinados, que pueden llegar a revestir al

saber de un manto embrujador que lo coloca fuera de su alcance en pleno siglo ~~XX~~, el que se precia de sus altos logros en la divulgación del conocimiento. Ahora bien: como consecuencia de su sentido elitista, todo progreso educacional entre nosotros, antes de traer elevación general del nivel de vida, o estímulo al desarrollo económico y social, sólo se traduce en un ascenso social del candidato a doctor que, por serlo, también lo es al poder y al privilegio.

Queda por averiguar si tal característica colombiana, concordante con el conocido mito de la "Atenas suramericana", pudiera encauzarse de otro modo. Es decir, que en vez de amparar la injusticia social que otorga excesiva influencia a los déntadores de la cultura, sin prescindir de las necesarias adaptaciones de los conocimientos para actualizar el saber —y para hacerlo concordar con nuestra cultura—, constituyera en cambio una saludable reorientación del simple proceso de modernización del país, dotándolo de un sesgo favorable al humanismo.

Nadie menos que el más notable de nuestros investigadores, don Rufino J. Cuervo —por su parte, uno de los más serios sostenes de los valores en que se asienta nuestra tradición cultural—, va a servirnos de guía para la elucidación del arcano que pudiera entrabar una propagación del saber sin artificios ni rémoras reaccionarias. Como es muy bien sabido, este notable sabio hubo de encabezar una de sus obras más importantes, las *Apuntaciones críticas al lenguaje bogotano*, con la suerte de emblema de que "es el bien hablar una de las más claras señales de la gente culta y bien nacida", declaración de principios que a pesar de su tendencia oligárquica lo lleva a realizar una de las más influyentes y extensas obras emprendidas en territorio hispano-parlante en favor de la conservación y estímulo de la lengua. Y que este libro, y dicha labor de Cuervo, influyan sobre los "pergaminos" de nuestra cultura, muestra sin duda cuánto esfuerzo tiene que realizar ella para llegar finalmente a lo popular. Hace treinta años observábamos que tal esfuerzo debía ante todo destinarse a atenuar la influencia de un formalismo que, según lo vimos entonces, era constitutivo

de una traba no desdeñable para expresar la "autenticidad nacional". Quizás hoy el formalismo no tenga la misma influencia, pero no deja de ser cierto que al oponerse no solamente a la autenticidad de nuestra cultura, sino a la fresca expresión popular, aún contribuye gravemente a entorpecer la difusión tanto de los conocimientos como de su aplicación técnica. Pero también hay que agregar ahora que el formalismo se refugia en mil facetas que, aunque siempre relacionadas con la reserva del saber, a veces nada tienen que ver con la corrección del idioma y menos con su preservación como fuente de autenticidad nacional.

Quizás no sea una simple broma discriminatoria la historia del pastuso: al llegar corriendo a Popayán tras su desbocada partida de mulas, como quien viene hacia la universidad por el camino del sur, cuéntase que gritaba con lógico desespero: "*Atajaréimeslas, que me las graduán*". Sin duda la ironía del campesino ignorante, o del habitante de la provincia discriminada, esconde algo importante contra el saber de los doctores. Mucho abundan éstos en ciudades como Popayán y desde los comienzos de nuestra vida colombiana dominan a sus anchas, por lo que tiene cierta razón el mulero: graduando a diestra y siniestra, nuestras universidades ciertamente educan, pero también han sido fuente de poder, el poder de los doctores, y han imprimido así su impronta en la idiosincrasia nacional.

¿Para qué necesitamos tantos doctorazgos, o sea, para qué queremos envolver así a nuestros innumerables títulos universitarios? ¿Acaso tras del apego al prestigio del doctor, que obtiene preeminencia y muchas veces se anquilosa en su saber, no se esconde también la vieja tendencia a quedarse en la ignorancia? ¿O más bien debemos pensar que para ser político triunfante el primer paso es ser doctor ignorante?

NACIONALISMO Y CULTURA

El ingeniero civil Alejandro López, a quien por muchas razones se debe considerar uno de los fundadores entre noso-

tros de las ciencias sociales, hablando de nuestro saber universitario dijo una vez que quizás “ni una pulgada” ayudaría en la impostergable nivelación social requerida por Colombia, que podía más fácilmente producir sabios antes que mejorar un ápice en justicia social.

El dilema entre preservar el saber de unos pocos y conseguir el progreso de muchos, tórnase según este punto de vista en casi insoluble: Colombia será para siempre un país de doctores, por lo menos si no logra superar lo que López llamara “el comunismo familiar”. Es decir, ese centramiento de la economía en una solidaridad primaria que, diríamos, haciendo de la familia la única forma siempre disponible de seguridad social, contribuye a liberar al Estado de sus responsabilidades.

El primero en señalar las consecuencias del privilegio colombiano del saber sobre la ética y los valores, fue sin duda el filósofo Cayetano Betancur. Para él, y siguiendo inspiraciones fenomenológicas —de Husserl y Scheler—, “la autenticidad es algo más que sinceridad” ... “una forma muy vecina de la sinceridad es la lealtad” ... “la autenticidad es el signo del genio; la conciencia el distintivo del talento. La conciencia es también la que permite que se desarrolle y prospere lo contrario de la autenticidad que es la simulación”.

Con anticipación de diez o más años, el abogado antioqueño parecía así prever una etapa de la vida colombiana en la que la democracia incrementaría al extremo toda clase de simulaciones, y no dudaba en oponer a Bogotá con Antioquia, tanto como opuestas lo eran en su definición autenticidad y simulación. “En Antioquia existe una tendencia a subestimar lo que no es debido al esfuerzo, a la continuada disciplina; por ello allí, persona que no sepa formarse un carácter será tenida por inmoral (o amoral), cualquiera que sea la excelencia de sus cualidades innatas. Y al reverso, en Bogotá es frecuente encontrar como normales dentro del mundo moral, gentes en las que muy pocos actos de verdadero carácter, de imposición a las más hondas inclinaciones, de formación espiritual en suma, pueden hallarse. ... Por esto el antioqueño, cuando va camino

del mal, lo arrastra todo. Mientras vemos a cada día personas de esta ciudad capital asomadas prácticamente al abismo, pero manteniendo sobre él una actitud de equilibrio que dura mucho tiempo. Un antioqueño como Barba Jacob se aburría en Bogotá porque no había allí gran capacidad para el pecado. Pero era que el pecado que pedía el poeta tenía caracteres catastróficos, de tempestad, que no son la ocurrencia en esta urbe, cuyas zonas delicuescentes son más que pecadoras, pecaminosas”.

Betancur, el pensador, solamente continuaba en esto las sagaces contraposiciones del sociólogo Nieto Arteta, quien en 1942 atribuía un origen socioeconómico, y geográfico, a la dicotomía entre “gana y voluntad” aducida por el fenomenólogo antioqueño y hablaba de una oposición entre el oriente y el occidente del país: “La única explicación del progreso del Occidente colombiano es ... la no existencia del latifundio. Caldas y cierta región del Valle son los sectores de nuestra economía agrícola en los cuales la propiedad territorial está más dividida. El pequeño campesino es la fuerza pero también la grave debilidad de Caldas. Si la economía agrícola del occidente se ha transformado rápidamente en una economía industrial y no simplemente manufacturera, esa transformación se explica por las condiciones que facilitan una mayor intensidad en el proceso de desarrollo de la economía nacional. En el oriente la economía agrícola anticolonial sólo produjo la manufactura. En occidente ha ocasionado la fábrica”.

Nieto Arteta fue pronto seguido por el historiógrafo americano J.J. Parsons, quien tras subrayar la influencia del colonizador Robledo y del excelente administrador Mon y Velarde, así como la de la aniquilación de las poblaciones indígenas, atribuye a la persecución de los vagos, al oro quimbaya y a la reforma agraria la fundamentación de la ética antioqueña que, “desde temprano dio un impulso a la tradición democrática del trabajo en Antioquia, que hace fuerte contraste con la estructura clasista del sur y el este, donde el elemento indígena se ha mantenido más numeroso”.

A partir de entonces mucho se ha escrito —y exagerado— sobre la mentalidad modernizadora paisa, como contrapuesta

al engolamiento rabulesco propio de la mentalidad colonial, y en loa y aprecio de la técnica; y sobre todo de la vieja y poco realizada aspiración nacional a un saber al alcance popular. De lo que queda en pie, descotado el enorme impulso que para la industrialización de Antioquia tuvo la política de capitalización del reintegro de las exitosas exportaciones cafeteras durante el período de 1920 a 1960, sin duda puede asegurarse que a un lado y otro del río Magdalena, y tanto en el norte como en el sur de Colombia, subyace el anhelo de un saber sin trabas, que más que para lo libresco sirva para el beneficio general. Este ideal, como Nieto Arteta sagazmente lo señala, pudo ser anterior al nacimiento mismo de la nacionalidad, pues primero y por sobre todo había un afán criollo de defender el grupo de letrados y comerciantes frente a las restricciones de una economía colonial.

LA CASTA LETRADA Y UNA CULTURA PARA TODOS

Queda por averiguar si la característica colombiana de la preocupación general por la política, concordante en cierto modo con el conocido mito de la "Atenas suramericana", pues supone un interés general por la polis —si bien un poco a contrapelo, cómo lo supo señalar don Miguel Cané, quizás el primer extranjero en hablar del *status* concomitante al saber en la Santa Fe del siglo pasado—, pudiera encauzarse de modo de favorecer la difusión de manifestaciones culturales en vez de amparar la injusticia social otorgadora de excesiva influencia a quienes detentan la cultura.

Que sin prescindir de las necesarias adaptaciones de los conocimientos para actualizar el saber —y para hacerlo concordar con nuestra idiosincrasia nacional—, se lograra en cambio una saludable orientación del simple proceso de modernización del país dotándolo de un sesgo favorable al humanismo. De la universidad llegar así a cumplir su misión popular, quizás Colombia no estuviera lejos de realizar la quimera de popularizar los conocimientos, a la vez que su cultura, y de lograr una verdadera singularidad nacional. Que las mulas del pas-

tuso no corran peligro alguno en la universidad, y antes bien, que tras ellas él llegue a caer en la trampa socrática del saber, a fin de que el pueblo raso pueda beneficiarse de cuanto los pastizales universitarios deben ofrecer como apertura de horizontes y perspectivas esperanzadas para una vida mejor.

Tan atractivo propósito, obviamente, está lejos de constituir la propuesta viable de cualquiera de nuestros políticos actuales. Y si la quimera de una cultura a la vez popular e ilustrada anidara en la cabeza de alguien, pronto el idealista habría de desilusionarse ante otras aspiraciones que como modas han llegado a ganar el favor popular cuando reinados de belleza, bullicio electoral, excitación generalizada con algunas victorias deportivas, toda clase de ceremonias rimbombantes y el incontenible auge del pensamiento mágico parecen llevarse la palma y ser capaces de derrotar en justa lid democrática a cualquier aspiración humanista.

TORNEOS DOCTORALES Y VIOLENCIA

No obstante, para seguir adelante con el hilo de estas ideas hay que recabar en el origen del aprecio colombiano por el saber —o por la apariencia de éste—, que quizá no solamente nos ha traído injusticia social sino que contiene un filón aún sin explotar para nuestra verdadera singularidad nacional.

Cuenta Cuervo en su *Vida de Rufino Cuervo*, que en “aquella edad de oro ... el común de las gentes miraba, no ya con respeto, con veneración, a los hombres instruidos o que pasaban por tales, connotando con el calificativo de sabio algo como sobrehumano ... A sus ojos todo era contento, tranquilidad y bienestar, sin que turbase la general concordia otra cosa que alguna jácara, ensaladilla o pasquín con que unas familias despicaban con otras, al fin como en población donde todos se conocen y que corría de boca en boca alimentando la inocente malignidad de la gente buena”.

Quizás la visión eglógica de nuestro sabio, que, téngase en cuenta, aquí se está refiriendo a una época que conoció apenas

por tradición familiar, y que —harto influida por las observaciones de Cané a quien menciona para decir que en sus días en Bogotá “se lamenta más el sacrificio de Caldas que cuantos sacrificios y desgracias trajo consigo el ejército expedicionario”— al querer situar solamente en tal “Atenas suramericana” el origen de nuestra cultura colombiana, se equivoca mucho en cuanto al papel social de nuestros “doctores”.

Pero lo que resulta incomparablemente interesante en las palabras citadas —que por cierto también muestran el peso de las observaciones del escritor argentino, quien supo señalar muy bien la terrible capacidad de acumulación de odios que reinaba en la paz santafereña—, es cómo el saber era en nuestra capital motivo de interés público: como lo demostraba, según él mismo, que don Rufino su padre, “desde el punto que se graduó ... nunca dejó de anteponer a su nombre el título de doctor”.

Pero en lo que hay que convenir con el autor citado es en la forma como allí comienzan nuestros más sobresalientes rasgos culturales, que precisamente él ejemplariza de manera magistral al relatar las primeras escaramuzas en la lid ilustrada que librase el prominente joven Rufino Cuervo poco antes de la Independencia: “El principal móvil con que se trataba entonces de estimular a los jóvenes al trabajo y a adquirir buen nombre, era la emulación, tanto en el mismo claustro como en los demás de la ciudad ... por eso era indispensable que los colegios tuvieran biblioteca, y en ella se aprendía a consultar los libros y a ensanchar la esfera de las ideas. Cobraban estos actos mayor importancia con la rivalidad que existía entre los colegios del Rosario y San Bartolomé, pues era uso establecido que los estudiantes del uno habían de ir a replicar a los del otro, y esto en medio de una gran concurrencia y delante del cuerpo docente de la ciudad y de las primeras autoridades del Estado y la Iglesia. El público se apasionaba tanto en estos torneos literarios, que se mostraba en la calle al vencedor y al vencido.

El laureado estaba seguro de ser bien acogido hasta en las casas más distinguidas, y agasajado de todos, entraba de hecho

a la aristocracia del talento, superior entonces a la del dinero, y hallaba abierto el camino para una lucida carrera pública”.

De verdad muy lucida fue la carrera del fundador de la dinastía y padre de nuestro admirado sabio, pues el 18 de octubre de 1825 recibiría la adjudicación de 20.000 hectáreas de terreno baldío, como premio a su fama de letrado. Y si quizás no todos nuestros intelectuales han contado con la suerte de Rufino Cuervo, sigue siendo verdad que tras de sus torneos políticos y culturales se esconde el privilegio, que abajo, entre los siempre desposeídos campesinos, se traduce en batallas y violencia que, por cierto, poco afectan a los letrados.

La relación entre la guerra en los campos y la rivalidad intelectual en las ciudades puede no aparecer a un primer vistazo, pero resplandece cuando se repara en la aspereza tras de bambalinas de la batalla burocrática. Y cuando la política se vuelve áspera y la ambición se desata en pugnas irreconciliables, políticos y “manzanillos” bruñen sus armas, y el torneo se convierte en sangrienta batalla, en donde los muertos serán casi exclusivamente campesinos. Como sagazmente lo anota el profesor de la Universidad de Yale, Robert H. Dix, “los males vienen de lejos”. Por ello vale la pena seguirlo con toda atención cuando con duras palabras describe en su libro *Political factors in social change in Colombia* nuestra curiosa devoción por la política, en una sociedad que prácticamente desconoce el dedicar la vida con fervor y orgullo al servicio público:

“Para los colombianos un puesto burocrático implica cierta posición social. Aun el más simple empleo es por lo menos una ocupación de lustre social. ... El gobierno y quienes están en él son propensos a ser mirados como fuente de favores o beneficios antes que como vehículos de público servicio.

Ello rima con una cultura política que menosprecia al “anónimo”, lo mismo que a los esfuerzos comunes en pos de objetivos comunes, pero en cambio impulsa los parentescos y los lazos de paisanaje.

Si la administración colombiana no tiene fama de particularmente corrupta ... en 1967, las "conexiones" (palancas), regalitos y sistemas similares de valimiento para la influencia privada y el privilegio son generales. Adicionalmente, la importancia de la rama ejecutiva significa que los puestos claves no están en la legislatura sino en las dependencias gubernamentales donde son aprobadas las licencias, ejecutadas las regulaciones y zanjadas las disputas laborales. Es por tanto usualmente más importante tener influencia en la administración que ejercer presión sobre una comisión congresional o que alcanzar el favor de la opinión a través de una campaña de relaciones públicas. En resumen, es más deseable hacer parte del "ejército de ocupación" que captura la "rama ejecutiva".

DEL RABULA AL FUNCIONARIO VENAL

Es fácil encontrar cómo el lustre proporcionado por la figuración en la actual hora política se aleja vertiginosamente del anterior esplendor culterano, que hacía de las eminencias jurídicas las poseedoras de todas las fórmulas para salir de las encrucijadas, resolver todos los conflictos y zanjar cualquier disputa. Sin embargo, antes que haber aclarado el mito de la política jurídicamente sabia, hemos perdido quizás sólo lo menos nocivo de tal mitología, conservando la parte que favorece la corrupción y la venalidad de los funcionarios públicos, para dejar así prácticamente incólume el aura de misterio que hace del saber una materia reservada.

No en vano Colombia actualmente sigue dominada por lo prescriptivo y lo metodicista, que, dígame lo que se diga, hacen de la ciencia y la técnica cosas misteriosas y fuera del alcance de los comunes mortales, así como del político un mero abogado mediador con los intereses privados, y del abogado experto en las normas del Estado, un político nato.

Y nada tendría de malo que la mitad por lo menos de nuestros presidentes haya pertenecido a la profesión del abogado, si no fuera porque quizás entusiasmadas por ello las

universidades en general no han podido superar el énfasis rabulesco, sin que por ello la justicia colombiana florezca como debiera, pues ahora lamentamos el decaimiento de nuestro sistema legal.

Del saber abogadil que tantó nos influyó, y que ya despojado de juridicidad aún mantiene al ciudadano común alejado del conocimiento de los problemas del país —y sobre todo logra hacerlo insensible a sus soluciones—, puede no solamente decirse que lleva aún cierto sello del ejercicio de la abogacía en las condiciones coloniales, cuando nuestros próceres se formaban para litigar en favor de los derechos del criollo frente al despojo del chapetón en los tribunales de Bogotá y Tunja, sino que, a lo largo de la historia se ha visto hondamente marcado por el tipo de normatividad preconizada por el Código Civil de Bello. Se hacen valer la norma y el inciso sobre toda otra realidad, como cuando se le quiere oponer el leguleyismo a un consenso nacional para reformar la Constitución. Y no porque el texto del preceptor de Bolívar haya llegado muy temprano a constituir parte de nuestra legislación, pues data apenas de 1886 en ella, sino porque curiosamente llenó un vacío notado desde la época de Santander, que por razones políticas no se llegaba a llenar.

Ciertamente hay que mencionar también otras razones puramente emocionales —sin contar las religiosas, pues como se sabe los católicos del partido conservador las invocaron para dar “la batalla de Bentham” como si hubiera existido el peligro de ser regidos por los códigos de este pensador anglosajón y protestante— pues implantar una ordenación unificada parecía imposible a pesar de su necesidad ineludible. No obstante, ese peligro quizás sólo existió en la cabeza de los conservadores, dada la inadaptabilidad de las codificaciones que en Inglaterra impartiera Jeremías Bentham.

¿Cuál de los dos codificadores hubiera sido mejor para nosotros? Sin entrar en tal discusión bizantina que animó las disputas de los partidos liberal y conservador por cincuenta años, ni entrar en el terreno de la ficción soñando como lo

hicieron quienes se dejaron enredar en ella, a pesar de todo lo pretendido por el "carlismo" criollo, jamás la labor legislativa del pensador inglés hubiera podido imperar aquí, y cuando su gran amigo Santander intentó una codificación, quiso más bien basarse en el código napoleónico, ya que el sistema jurídico francés concordaba más con el nuestro que el inglés.

En todo caso, antes de Bello nadie pudo traducir del francés —primero para Chile, donde sus normas además contemplaron ciertos localismos geográficos, y luego para Colombia—, con el arte y la precisión suyos, unos reglamentos necesarios.

Además, éstos por décadas ya habían sido ampliamente ensayados en Cundinamarca y Panamá. Para el comercio internacional y para otras relaciones mercantiles, hacía inmensa falta un instrumento parecido, y fue entonces cuando el número se decidió a implantar el de Bello en todo el país. Pero debido al normativismo en la enseñanza, este código se ha convertido en la traba leguleya para todo avance social, y hoy es un rey de burlas para la venalidad y la corrupción, que se valen del anacronismo de muchas de sus normas para soslayar la justicia. Agréguese a ello el imperio de la coca, y se tendrá un rápido cuadro del decaimiento de la ley en Colombia.

DEL ORIGEN DE GODOS Y LIBERALES

El importante y lamentado investigador Jorge Villegas, sitúa a mediados del siglo pasado el momento en que nuestro sistema educativo se compagina cabalmente con el poder político y se crean las facultades y universidades necesarias para formar nuestros doctores que habrían de reemplazar a los hacendados y a los antiguos próceres en el gobierno. Es también la época en que se consolidan los dos partidos, el liberal y el conservador.

No podría sin embargo haberse basado apenas en el juego de los doctores y en su habilidad para rodearse de "manzanillos" y otras alimañas la obra de dichos partidos en la integración

de la nacionalidad colombiana. De haber sido así, la historia nacional habría carecido de la consistencia necesaria para garantizar una continuidad de las costumbres y sentimientos.

Parte fundamental de toda evolución histórica, sin la cual los cambios no pueden siquiera consolidarse, ni representar algún avance, es la tradición. Sin embargo, ella también es a veces enemiga absoluta del cambio. Menos de lo que se cree, pues si no fuera por ella cada intento de renovación quedaría convertido en pura veleidad. Es, pues, extremadamente complejo determinar la forma como en su interacción, movilidad y tradición intervienen en el devenir histórico.

En Colombia los radicales defensores de la tradición han sido los gamonales: latifundistas, comerciantes e intelectuales de provincia, ellos han sido ante todo hombres de mando personal y político. Por eso pueden considerarse como los feudales de Colombia. No quiere decir esto que el gamonal tenga el mismo tipo de dominio económico y legal del feudal, ni tampoco que su estructura de personalidad sea del género de la del señor germánico. Pero su función tradicionalista, espiritual y personal le es similar. Mandón y autosuficiente, ha dirigido la vida campesina. En él ha reposado el verdadero poder político de la provincia, que se basa en una influencia directa sobre la peonada servil.

Y esto es tan cierto, que la mayor parte de las costumbres autóctonas reflejan el estilo gamonal. Sin ellos no hubiera habido paz y trabajo, honestidad y técnica, tradición y sentido colombiano de la vida. Sus consejos y sus enseñanzas patriarcales aún "enseñorean" la vida social colombiana. Pero su autoritarismo ha contagiado de violencia y de amargura la manera de ser de los colombianos.

LA INSEGURIDAD Y EL TERROR

Colombia está viviendo un aumento de la inseguridad colectiva que afecta por igual —aunque en diverso grado— a

todos los sectores. Para analizar las causas y efectos de este proceso, es imprescindible dar un amplio rodeo y revisar los avances de la ciencia contemporánea relativos al conocimiento de las emociones relacionadas con el temor. Y es necesario asentar algunas premisas de la teoría del hombre que explican los fundamentos de dichos aportes de la ciencia.

La psicología contemporánea ha establecido una relación causal entre lo que en conjunto puede considerarse como los "mecanismos" psicológicos que dan seguridad al individuo y la sensación de su bienestar.

La seguridad de los individuos surge de la noción correcta de sus propias potencialidades (ésta se fundamenta en una capacidad de autopercepción inherente a la naturaleza humana), y traduce la forma como éstas son empleadas y convertidas en fuerzas que actúan en favor del desarrollo de la vitalidad del sujeto. A su vez, el sentimiento de bienestar concomitante con el apogeo de dichas potencialidades, brota de la espontaneidad, la libertad, la creatividad y la adecuada captación de la realidad circundante.

En tanto que la inseguridad se basa también en una noción que no puede expresarse en una idea concreta, sino en síntomas ansiosos, pero revela la existencia de limitaciones externas, internas o mixtas, que se oponen a la plena exteriorización de las capacidades, a la expansión y actualización de las iniciativas. Precisamente por no ser concreta dicha noción, la facultad más radicalmente perturbada por la aparición de la inseguridad es la que asegura la adecuada y precisa captación de la realidad. En proporción directa con el grado de compromiso establecido, el sujeto deforma la realidad.

De donde se deduce una de las más curiosas paradojas de la mente humana: las ideas del individuo sobre el mundo y la vida son reflejo de sus sentimientos de bienestar o malestar, capacidad o impotencia, libertad o frustración. Pero a su vez los determinan socialmente. Estas premisas de la psicología individual cobran aún mayor validez: la sociedad posee un

sentido especial para captar los obstáculos que se oponen al desarrollo de sus potencialidades. Estas reposan en el seno de su organismo y constituyen la fuerza impulsora de su desarrollo y evolución. Son "percibidas" por un sentido particular que posee el organismo social y del cual depende su sensación general de bienestar que estimula a los individuos, o su malestar que conduce a la destructividad, el caos y la desesperación.

Ahora bien: como el individuo, la sociedad, presa de la inseguridad, pierde la facultad de captar cabalmente la realidad y por ello es víctima de nuevas zozobras. La capacidad de comprender, prever, planear y modificar las circunstancias exteriores en el sentido en que produzcan bienestar se atrofia, se tulle o entorpece, y el sujeto queda a merced entonces de la eventualidad. Así mismo, la sociedad sufre las consecuencias de la angustia en la forma de la incertidumbre.

Al contrario —y como sucede en el individuo—, la adecuada captación de la realidad por la sociedad se refleja en que las ideas y nociones generales influyen benéficamente sobre la biología social; cuando tal cosa sucede, ésta experimenta bienestar cuya consecuencia es la creatividad cultural. También —como en el caso individual—, costumbres, leyes, aspiraciones y devociones que constituyen el marco ideológico y creencial dentro del cual se mueve la comunidad, pueden ser estimulantes para la vida social en un determinado momento histórico. Se constituirán entonces en normas y principios que permitirán a la mayor parte o a la totalidad de los individuos desarrollarse sin mayores trabas, haciéndoles creativos, ingeniosos, altruistas y seguros de sí mismos. Pero, si —en vez de ser racionales— contribuyen apenas a mantener el *statu quo*, permitirán sobrevivir a la sociedad, impidiéndole, sin embargo, evolucionar. La consecuencia será la asfixia de muchos individuos y a la postre la de la propia comunidad.

La historia del hombre —de la raza y del individuo— es el resultado de la progresiva capacitación humana para el uso de la razón. Las vicisitudes que tal desarrollo ha sufrido constituyen la trama de la moderna investigación científica y filosófica sobre la naturaleza humana.

La psicología contemporánea tuvo su bautismo en la intuición del genio de Freud: su afirmación de la necesidad del hombre de superar su apego emocional a las fuerzas que lo atan al pasado. Posteriores estudios han relacionado dichas fuerzas con la experiencia común a los hombres en la protección biológica y afectiva proporcionada por la madre en determinada época de la vida. Para desarrollar su razón, el individuo debe superar su apego maternal.

Con posterioridad al descubrimiento freudiano, todo el sistema psicoanalítico ha sido una búsqueda de las condiciones que producen o inhiben la libertad; es decir, de las condiciones del desarrollo de la razón. No obstante, el punto de lo que es esencial al hombre, ha vuelto a esfumarse. El psicoanálisis se ha dedicado principalmente a investigaciones clínicas o sociales referidas a los aspectos circunstanciales de los problemas humanos. Así, las explicaciones materialistas o dogmáticas sobre la naturaleza humana han vuelto a oscurecer el panorama de la teoría del hombre. Esto no quiere decir que la psicología haya perdido definitivamente la oportunidad de contribuir al conocimiento sustancial de lo humano. Por el camino de la búsqueda de lo que es "necesario" a cada una de las diversas edades —de la raza y del individuo—, puede llegar a esclarecer aquello que es la condición humana, favorecida o perjudicada (y que podrá expandirse y desarrollarse o inhibirse y ser dañada), por las circunstancias reinantes en cada época de la vida.

Para la vida colombiana el estilo de los gamonales hace rato que dejó de proporcionar seguridad o de ser estimulante. Estamos en plena crisis de sus valores católicos y tradicionales y vamos a entrar de lleno a una nueva época en que debemos explorar unos nuevos, lanzándonos con coraje a una nueva dimensión de la ética. El desafío consiste en poder desarrollar los nuevos poderes, y en conciliar los valores proporcionados por el recto ejercicio de la democracia, con la tradición nacional y con el espíritu de los adelantos aportados por los nuevos tiempos.